

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

32

JOSE GAOS

¿FILOSOFIA "AMERICANA"?



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

JOSE GAOS
¿FILOSOFIA "AMERICANA"?



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

José Gaos (1900-1969), filósofo español; Rector de la Universidad de Madrid, la guerra civil española le trae a México. Como profesor de El Colegio de México y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM realiza una gran labor formando estudiosos de las Ideas, Cultura e Historia latinoamericana. Se llama así mismo *transterrado*, que no desterrado, indicando con esto que esta América no es sino prolongación de la España de la que es originario. Bajo su estímulo se publican numerosos trabajos sobre la realidad histórica y cultural latinoamericana. Él mismo escribe numerosos trabajos y publica varios libros que tienen como objeto esta misma realidad. Destacándose entre ellos el titulado *Pensamiento de Lengua Española* que publica en 1945, *Filosofía mexicana de nuestros días*, en 1954 y *En torno a la filosofía mexicana*, en 1953.

Bajo su estímulo se vuelve a replantear un problema que ya preocupara a la generación de latinoamericanos, a la que pertenecía el argentino Juan Bautista Alberdi; Sobre la posibilidad de una filosofía que pudiese ser llamada americana (Cf. LATINOAMÉRICA, 9). Esto es, una filosofía que, sin dejar de serlo, enfrentase los problemas propios de la realidad de esta América, y no se conformase ya con repetir los problemas ya resueltos en otras realidades; ni querer asimilar filosofemas que son sólo expresión de la realidad de sus creadores, pero no siempre de la realidad de esta América.

José Gaos lanza lo que llama su "Cuarto a Espadas" sobre este problema. Lo analiza y los relaciona con la problemática que en este sentido se ha también planteado en España. La que se hace expresa en la obra de su maestro, José Ortega y Gasset. Una filosofía, la española, como la de esta América, empeñada en salvar sus circunstancias. Pero ¿será esta una filosofía original? se pregunta. Lo será por el de sus propios filósofos. La autenticidad y originalidad, estará en el hecho de que sea expresión de los puntos de vista, sobre su problema de españoles y americanos. En el ensayo que le sigue habla, un tanto irónicamente del problema, para después hablar en serio de cómo hacer tal filosofía.

¿FILOSOFÍA “AMERICANA”?

José Gaos

A lo largo del año que acaba de morir se ha debatido en estos países americanos de lengua española el tema de la creación de una filosofía peculiar de ellos. Se desea llegar a tener una filosofía mexicana o argentina, o americana, como hay una filosofía francesa, alemana o europea. Se ve al viejo continente moribundo y se cree llamado a recoger ya y continuar su cultura a este nuevo y flamante —en lo que pudiera haber error de precipitación, cartesiano; una sangría puede responder sanamente a un exceso peligroso de vitalidad. Se juzga a América madura ya para tal misión histórica. Es un tema que reproduce, no exactamente, pero sí en buena proporción, preocupaciones tenidas desde hace algún tiempo en España. También en España se deseó en particular desde los primeros lustros de este siglo iniciar definitivamente una filosofía que llegara un día a ser española en el sentido en que la francesa o la alemana, la italiana o la inglesa son tales. Se era consciente de no existir en verdad una filosofía española en este sentido. Una preocupación de este objeto es patente en el centro mismo de las inspiraciones originarias y más originales de la obra de Ortega y Gasset. Lo importante de esta obra y decisivo empezó con un programa de “salvaciones” de las “circunstancias” españolas, y este programa es lo realizado en el fondo por la obra toda de Ortega desde aquella fecha, 1914, del comienzo de la primera guerra mundial, hasta la misma de hoy y de plena segunda guerra ecuménica. Las salvaciones de las circunstancias españolas no eran sino las partes y los medios de la gran salvación de la circunstancia española para y por la filosofía, porque “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”.

La misma preocupación nos hizo a los discípulos de Ortega llegar a serlo, es decir, dedicarnos a la filosofía y trabajar por la filosofía en España y para una filosofía española, partiendo de la obra del maestro y reflexionando sobre ella. Estos antecedentes del tema debatido en estos países a lo largo del año que acaba de morir me mueven a echar mi cuarto a espadas, con la esperanza de que en este mi “tomar parte oficiosamente en la conversación de otros”, que es como la Academia Española explica la frase hecha,

no prepondere la “importunidad y hazañería del que se entremete en oficio o negocio que no le incumbe” sobre la “diligencia y cuidado en los oficios de amistad”, que es como define sendas acepciones de la oficiosidad la misma y no siempre feliz explicadora y definidora.

No hay hasta ahora o todavía una filosofía española, o más en general, de lengua española, en el sentido en que hay una filosofía francesa o inglesa o de estas lenguas. No hay aún una filosofía americana que pueda contraponerse a la filosofía europea. Pero se desea, y vehementemente, que las haya. Es el primer punto que detiene a reflexionar. ¿Deseo justificado, acertado? ¿Es deseable tener una filosofía, hacer filosofía, poseer filósofos, ser filósofo, ante todo en general, para que pueda serlo el tenerla de lengua española o el tenerla americana? La pregunta sorprende porque una tradición larga e ilustre, triunfante en definitiva a lo largo de la historia hasta nuestros mismos días, valora la filosofía altamente, incluso como la cima de toda cultura plena y perfecta. El hecho de que esta valoración se deba primordialmente a los filósofos mismos no ha sugerido la sospecha de que pudiera ser parcial e infundada... Pero la realidad parece ser que la filosofía no es necesaria a la vida humana individual y colectiva —no ya a una vida humana rudimentaria, sino a vidas humanas *de* las más altas, si es que no *las* supremas. Los grandes príncipes, caudillos y estadistas, los grandes héroes, los grandes santos, los grandes artistas, los mismos grandes hombres de ciencia, no son los grandes filósofos. Pueblos o culturas de los más egregios o más influyentes de toda la historia humana no han tenido, o no han tenido propiamente, en bastante volumen o con bastante originalidad, una filosofía: Egipto, Caldea, Persia, Judea, Roma, España, los pueblos eslavos... Toda una época histórica, la época positivista, ha valorado la ciencia a expensas, en contra de la filosofía, y esta valoración dista aún de haberse extinguido por completo— menos, precisamente, en América, bien que harto menos en la de lengua inglesa que en la de lengua española. Pero Atenas misma procesó, hizo huir de ella, condenó a muerte o cuando menos redujo a privada la acción y amargó la vida de los primeros y más grandes filósofos que aparecieron por ella o en ella, Anaxágoras, Protágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles. Y parece haber razones para pensar que el recelo hacia los filósofos, la hostilidad contra ellos no era exclusiva del pueblo inculto e incomprensivo. El discurso de Calicles en el *Gorgias* de Platón acaso enseña que en las clases más altas e influyentes de la ciudad

existía una valoración del filosofar muy discrepante de las pretensiones tradicionales de los filósofos mismos. Quizá sea aquí también de tener en cuenta el hecho de que aun en las culturas y pueblos que han tenido una filosofía, ésta es, más que una función regular a lo largo de la vida de la cultura o del pueblo desde sus orígenes, un brote de florecimientos intensos, pero efímeros, intermitentes a grandes intervalos, un tanto, pues, con caracteres de paroxismo voluptuoso y anormal. En Grecia se inicia dos o tres siglos después de Homero, que no era un fenómeno primitivo precisamente, y florece entre tres y cuatro, para no tener otro florecimiento comparable, ni de lejos, en toda la Antigüedad. Desde el cierre de la Escuela de Atenas por Justiniano, que se toma como fecha, más simbólica que real, del fin de la filosofía antigua, pasan cinco siglos hasta el comienzo del curso ininterrumpido de la Escolástica cristiana, que dura otro tanto. Pero sobre todo la filosofía moderna culmina en los florecimientos metafísicos no habidos desde el primero y máximo florecimiento de la filosofía en Grecia: el del siglo xvii y el de fines del xviii y principios del xix, ambos concentrados en los pocos decenios correspondientes a la plenitud de dos o tres generaciones. Mas hay que reparar en que no se desea simplemente una filosofía, en general, sino una filosofía de lengua española o una filosofía americana, precisamente. Si se deseara simplemente una filosofía, en general, ahí están o cabría esperar que estuviesen todas las filosofías de otras lenguas o todas las filosofías eurásicas antiguas, modernas y futuras —pues en lo relativo al porvenir, si no se deseara precisamente una filosofía de lengua española o una filosofía americana, sino simplemente una filosofía, se podría dejar a los avezados eurásicos de otras lenguas el trabajo de seguir proveyendo de filosofía a los hispanoparlantes y a los americanos. Pero lo que se desea es justo no seguir traduciendo o importando de ultramar, sino producir originalmente e *in situ*, y ocurre preguntar asimismo: esta precisión mayor del objeto deseado ¿es a su vez justificada, acertada? ¿Hay razón en ser hombre de lengua española o de América para no satisfacerse con la filosofía, por ejemplo, de lengua inglesa o con la filosofía europea, si no asiática? No ya los cualesquiera, sino los filósofos mismos de lengua latina de la Antigüedad y de la Edad Media juzgaron deber profesar la filosofía griega. Los cartesianos o los positivistas, o los kantianos, hegelianos o krausistas de otros países que Francia o Alemania y hasta de otros continentes que el europeo juzgaron o juzgan aún deber profesar filosofías de lenguas

y países extranjeros. Los neoescolásticos que hay por todo el mundo juzgan deber profesar la filosofía de la Europa occidental medieval. Y, en fin, no es nada seguro que Descartes o Comte, Kant o Hegel quisieran hacer una filosofía francesa o alemana, ni ninguna menos que una filosofía universal e incluso eterna— por no decir Platón o Aristóteles, cuyas intenciones, más o menos conscientes, no podían ser exactamente las mismas, por la sencilla razón de que ecumene e historia eran para ellos harto más reducidas. El deseo, el afán deliberado, expreso, de hacer y llegar a tener una filosofía original, peculiar, de la propia lengua o del propio territorio, más o menos extensamente tomado, parece, pues, novedad no justificada del todo por la historia, al menos. En principio es posible que lo deseable en o para unos pueblos o culturas no lo sea en o para otros. Lo primero que habría que considerar a fondo en este tema de la filosofía de lengua española o de la filosofía americana sería, en suma, si tener una filosofía, hacer filosofía, poseer filosofía, ser filósofo, es realmente algo tan deseable como parece o se cree, así en general como particularmente en o para los países de lengua española o de América.

Mas admitamos que ello sea tan deseable como parece o se cree en o para todos los pueblos o culturas. La cuestión pasaría a ser ésta: ¿cómo dar al deseo satisfacción? Una filosofía, ya en general, no se diga caracterizada como original, como peculiar de una lengua o de una parte de la Tierra, ¿no es exclusivamente un espontáneo fruto? ¿será posible intencionalmente lograrla? Es bien sabido que los que partieron para la guerra de los Treinta Años no partieron para ella. ¿Es que Tales de Mileto habrá partido para la filosofía universal o siquiera para la griega, o al menos Descartes para la francesa, ya que no para la moderna? Imaginemos que absolutamente todos los coparlantes de la lengua española o todos los americanos compartiesen el interés por la creación de una filosofía de nuestra lengua o de este continente, y que todos estos millones de seres humanos nos pusiéramos a pensar, anhelar y decir enardecidamente: ¡ay, no tenemos una filosofía! ¡queremos tener una filosofía! ¡hay que crear la filosofía de lengua española! ¡créemos la filosofía americana! —un volumen de voluntad que se alzase tan extenso, tupido, soberbio y rumoroso como las selvas de este nuevo mundo hasta los cielos de los dioses propicios: ¿sería poderoso para crear la filosofía de lengua española o la filosofía americana, si la filosofía fuese resultado de dotes otorgadas a unos y nega-

das a otros de los grupos humanos parlantes de las distintas lenguas o habitantes de las distintas partes del globo terráqueo y los americanos o los hispano-parlantes formásemos entre los segundos? Pero sería un deseo erróneamente ilustrado aquel al que consideraciones semejantes detuviesen en el camino de perseguir su satisfacción. La idea de la imposibilidad de radicales innovaciones en el futuro es una idea filosófica de la historia nada segura precisamente. Dado el deseo de llegar a tener una filosofía original, lo único congruente con él es esforzarse por hacer filosofía, por filosofar— no dejar de hacer nada de lo que esté en el propio poder por conseguir el fin deseado, decidida, denodadamente arriesgarse a perder a la postre el tiempo . . . Porque: acaso una filosofía no pueda ser la satisfacción de un deseo de ella sino en cuanto este deseo sea ya un deseo filosófico, un deseo inserto en un filosofar; deseo de filosofía quizá no pueda ser sino deseo de perseverar en un filosofar en el que uno se encuentra ya; es posible que no lo sea ponerse deliberadamente a filosofar, sino que sólo quepa encontrarse puesto ya a ello, filosofando, siendo filósofo. En este caso, la cuestión sería: el deseo de una filosofía de lengua española o una filosofía americana ¿es ya filosófico? ¿está inserto ya en un filosofar? los hombres de lengua española o de América ¿se encuentran ya filosofando? estas preguntas mismas ¿son filosóficas? . . . En todo caso, aquello a que habría que ponerse o a que habría que encontrarse puesto, sería la filosofía, pura y simplemente. Ya quedó insinuado: la filosofía griega o la francesa o la alemana no son tales porque los filósofos griegos, franceses o alemanes se hubiesen propuesto que tales fuesen, ni menos la filosofía europea porque se lo hubiesen propuesto los filósofos europeos, sino porque unos griegos, franceses, alemanes o europeos en general hicieron filosofía. La filosofía *resulta* de la nacionalidad o la “continentalidad”, *sit venia verbo*, de sus autores, quizá incluso a pesar de ellos, sin más que ser filosofía, pero auténtica. Si españoles, mexicanos o argentinos hacen suficiente filosofía, sin más habrá filosofía española, mexicana, argentina, americana. ¿Perogrullada? Quizá necesaria . . . La filosofía ¿sería original de suyo, por su naturaleza? ¿Filosofía (si auténtica) = original? . . . *La cuestión no está, pues, en hacer filosofía española o americana, sino en hacer españoles o americanos filosofía.* De lo que hay que preocuparse no es, en fin, de lo español o lo americano, sino de lo filosófico de la filosofía española o americana. ¿Cómo se hace filosofía? Parece más exactamente: ¿cómo hacer filo-

sofía? Esta es la cuestión. Ahora bien, entre “hacer filosofía” o “filosofar” y “filosofía” no hay diferencia. Por ello tampoco viene a haberla entre “¿cómo hacer filosofía?” o “¿cómo se hace filosofía?” y “¿qué es filosofía?” La cuestión de que se trata puede por ende formularse también con esta última pregunta. Pero así formulada o simplemente reducida a las anteriores se revela menos perogrullesca y desde luego excesiva ya para este artículo. Quizás la lectura de él haya hecho al interesado que lo hubiera menester percatarse de la cuestión de que realmente se trata con el tema de la creación de una filosofía peculiar de estos países, y si el interesado posee una solución a esta cuestión, si tiene una idea de la filosofía, sabrá *eo ipso* lo que habría que hacer —o seguir haciendo. Por mi parte espero merecer oportunidad de tornar al punto en que pongo este final.*

Enero de 1942

* *Cima*. No. 5, febrero, 1942.

¿CÓMO HACER FILOSOFÍA?

Comprendo la avidez con que el lector del título va a echarse sobre el artículo. ¡Ahí es nada! ¡Una receta para hacer filosofía! Porque esto es lo que el título parece prometer, aun cuando el mismo título en forma enunciativa, que no interrogativa, hubiera sido promesa más segura. ¡Una receta para hacer filosofía! ¡Qué más quisieran algunos! Pero debo apresurarme a defraudar a todos, o más bien, a no defraudar a nadie. Porque no, la filosofía no es nada que pueda recetarse con sabias —ni ignorantes— fórmulas e indicaciones, como por ejemplo:

Dp.

Estudio de los clásicos	5	gs.
Plantearse, ya que no crearse, problemas	4,999	"
Pensar por cuenta propia	0,001	"
Locura	Un grano	
Excipiente inerte: hojear revistas filosóficas	90	gs.
M. s. a.		

N. B. Procúrese escrupulosamente que el compuesto resulte puro de pasiones. Agítese, pero moderadamente —nada en demasía—, antes de usarlo. Uso interno, desde luego. Son perfectamente inoperantes las meras aplicaciones o frotaciones externas y hasta el mero hacer gárgaras.

No. La filosofía no es nada que pueda ser objeto de receta alguna. Pero entonces ¿qué sentido tiene el título de este artículo y este mismo?

En el número anterior de *Cima* eché mi cuarto a espadas en una cuestión disputada a lo largo del pasado 41 que no se encuentra, ciertamente, en ninguno de los manuscritos ni infolios de medievales *Quaestiones disputatae*: la cuestión de la posibilidad y la necesidad de crear una filosofía americana —como en España había habido una preocupación pareja por la filosofía española. Y mi conclusión era que la cuestión no es hacer filosofía *española* o *americana*, sino que los españoles o los americanos hagamos *filosofía*; que si la hacemos, el que sea española o americana se nos dará por añadidura— y aun a pesar nuestro: aunque nos empeñásemos en hacer una filosofía exclusivamente universal y

eterna, porque pensásemos que sólo una filosofía universal y eterna es filosofía, nos “saldría” una filosofía española o americana, como griega o alemana, y tanto, a Aristóteles o a Hegel, con ser quienes fueron y todas sus pretensiones de universalidad y eternidad. O lo que es evidentemente lo mismo: la cuestión es— ¿cómo hacer filosofía?

Cuestión que acaso no se haya formulado ninguno de los filósofos, que a lo mejor han hecho filosofía sin proponérselo y hasta sintiéndose “condenados” a hacerla, esto es, a ser filósofos, pero con la que sin duda han luchado cuerpo a cuerpo todos los profesores de filosofía, pues si, según nadie menos que Kant, no se enseña *filosofía*, sino que “sólo” se enseña a *filosofar*, ¿en qué consiste su profesión, sino en hacer filósofos —frustrados o consumados? Por lo que compadezco a mis colegas, como me doy piedad a mí mismo y de mí la tengo, descontando que han llegado a la misma averiguación que yo: pese a Kant, o más— mal, a nosotros, ni “siquiera” se *enseña* a filosofar.

Si algo se puede enseñar o, como antes, recetar, y aprender a tomar, es únicamente lo pasado, lo experimentado, o —lo eterno, que en cuanto tal habrá sido pasado también, con tal que de lo pasado pueda colegirse lo eterno, puesto que evidentemente de la eternidad no podemos cerciorarnos acompañándola, aunque sólo sea en previsión, por el futuro. ¿Y si fuese falso el venerable “nada nuevo bajo el Sol”? ¿Si relativamente a lo pasado fuesen literales innovaciones, “creaciones”, algunas, siquiera, cosas futuras? Cuanto se pudiera enseñar no serviría para nada referente a ellas, porque propiamente *no se refería a ellas*. La filosofía parece ser una de estas cosas. Y los filósofos parecen estar descubriéndolo con ufanía. Pero acaso ésta es excesiva, un tanto infundada. Porque acaso hay muchas más cosas de la misma índole, al menos entre las cosas humanas: acaso todas las cosas propiamente humanas sean de tal índole, y frente a la esencial y universal previsibilidad de la naturaleza déba afinirse al hombre no *animal rationale*, ni por ninguna otra naturaleza —*anima*— ni armatoste —*ratio*—, sino *ens impraevisibile*, el único ente nunca tan conocido, tan familiar, tan doméstico o domesticado que no pueda dar siempre sorpresas formidables. Sin embargo, es también posible que la filosofía sea por naturaleza lo radical, espontáneamente original por excelencia, y que valga tanto como decir filosofía original decir filosofía a secas: en tal supuesto sería lo que se definiría por ser lo único no susceptible de ser enseñado ni recetado. En suma: es lo más probable que nada de cuanto quepa “sa-

ber” acerca de cómo se ha hecho filosofía en el pasado, y aún de cómo se sigue haciendo al presente, sirva para cosa en punto a cómo hacerla en adelante, mas es seguro que lo único que cabe “saber” es cómo se ha hecho filosofía en el pasado y cómo se sigue haciéndola al presente. Por si acaso la filosofía no fuese lo que parece, porque si lo fuese no habría verdaderamente caso, voy a decir, pues, lo que se puede acerca de cómo se ha hecho filosofía en el pasado y cómo se sigue haciéndola al presente —y no sólo aquello que se puede en medio, ya, artículo, sino lo que se puede en general. Aun en general, se puede poco. Será un escándalo, pero es así. Será un escándalo que la Historia de la filosofía haya amontonado tanta filología e Historia como la filología y la Historia en general, sobre todo desde el siglo pasado, y que las condiciones *en* que se ha hecho, originado, creado filosofía, si no las condiciones *que* la hayan producido, empiecen a ser investigadas temática y sistemáticamente por invenciones tan recientes como la sociología del saber o del conocimiento, pero así es. Se ha estudiado temática y sistemáticamente lo producido, o lo hecho, originado o creado, los filosofemas, las filosofías, lo más expreso, lo más superficial, lo condicionado, pero no lo condicionante, taciturno, profundo, *humus*. La teoría de la filosofía, en el sentido de un conocimiento y explicación de los impulsos, de las fuerzas sociales, personales, históricas y esenciales a la naturaleza humana, si es que hay naturaleza humana y esencialidades a ella, de que la filosofía sea oriunda, está en las proverbiales mantillas. Menos mal, en ellas sí que está. Es rorro, pero ha nacido. De nuevo en suma: lo que en general se puede decir acerca de cómo se ha hecho filosofía en el pasado y se sigue haciéndola al presente se reduce a los vagidos o todo lo más balbuceos de la infante. Lo principal que parece se puede insinuar ya, se resume en lo que sigue.

Ante todo parece haber una gran diferencia de condiciones: entre los que hicieron filosofía por primera vez, con originalidad única, y aquellos sobre los cuales ha pesado una tradición filosófica más o menos voluminosa. Los primeros serían en rigor solamente Tales, Pitágoras, los primeros filósofos griegos independientes entre sí. Ellos sacaron la filosofía de la tierra o se la sacaron de sí mismos. Los demás humanos hemos podido recibir la Palas salida de la cabeza múltiple de aquel Zeus y contentarnos con pasárnosla de mano en mano, por inercia. Una ventaja para la acidia, una carga sofocante para el afán de originalidad. Sentimiento, cuando no explícito, relajador en la

intimidad de muchos de los que acezan por la filosofía americana. ¡Esta importada y abrumadora, encima decrepita y en suma letal cultura europea! De esta exclamación, un paso no más a la arqueológica nostalgia de las autóctonas civilizaciones y hasta incivildades, pero originales —y que seguirían dando originalidad a sus individuales miembros, se piensa sin pensarlo, porque pensarlo pensándolo ya es más difícil. En efecto, la gran diferencia de condiciones es sólo aparente. Los primeros filósofos no se encontraron en condiciones excepcionalmente favorables para enfrentar su mirada teórica todo en torno a su “circunstancia” con mayor originalidad que cuantos vinieron después. La tradición se integra en la circunstancia. La circunstancia total incluye la histórica. Más exacto: es histórica— la circunstancia incluye el pasado, como el futuro en formas de previsión, de expectativa, etc. La circunstancia es redonda, tiene delante, detrás, pasado, futuro, aunque no sea esférica, sino elipsoidal o para el hombre, situado en un foco, enormemente gibosa hacia el pasado y roma hacia el futuro. Los primeros y los sucesivos filósofos se han encontrado todos igualmente en el foco de su circunstancia total y su mirada teórica la ha enfrentado con la misma originalidad. Y cuanto un ingrediente cualquiera de su circunstancia pueda haberlo sido para los primeros filósofos, tan “circunstancial” y no nada más ha sido la tradición para los siguientes. Esta originalidad frente a la tradición es hoy: la tradición misma, la historia, la historia de sí misma, problema para la filosofía actual. La tradición no es ninguna carga adicional —para el verdadero filósofo. Es todo lo contrario: un “circunstancial” más sobre el que probar su originalidad. La cultura europea importada a América: un tema —la “cultura importada”: un concepto más para el filósofo americano; si no *el* tema, un tema *fundamental* de la filosofía americana. Porque ¿en qué han consistido la filosofía, la mirada teórica, y la originalidad de su enfrentamiento con la circunstancia? Por lo pronto, ya se ha dicho: en enfrentarse con la circunstancia, que en la dimensión histórica es el “hacer frente a las circunstancias”. Y esto suministra al punto una precisión importante acerca justamente del cómo se ha hecho y hace filosofía y del problemático cómo hacerla. Filosofía se ha hecho y hace y parece que haya de seguir haciéndose *hic et nunc*, en la Grecia antigua, en la Alemania contemporánea, y por tanto preguntarse cómo hacer filosofía debe sobreentender cómo hacerla v. gr. en América hoy. Sólo que esto no quiere decir simplemente hacer filosofía en ciertas circunstancias, sino hacer filoso-

fía de circunstancias o circunstancial, en el sentido de hacerla de las circunstancias, de hacer de las circunstancias el tema de la filosofía. Los temas de los filósofos han sido temas de sus circunstancias y en ese sentido circunstanciales. Esta redonda afirmación parece una rotunda enormidad, porque los temas de la filosofía, los principios, las Ideas, Dios . . . ¿no son lo ubicuo y eterno por excelencia? Quizás no tanto o no en el sentido de que se trata. Quizás las Ideas, por ejemplo, eran unos chismes engorrosos de la circunstancia platónica, como el Motor Inmóvil, otro ejemplo, un bulto visto entre dificultades y atracciones por Aristóteles al dorso mismo del límite uranio de su circunstancia. Y quizás las Ideas de Platón, el Motor aristotélico nos parecen ubicuos y eternos precisamente porque ya no forman parte de nuestra circunstancia —sino histórica. No con supervivencias o supersticiones, es decir, con cosas universales y eternas, salvo en *cuanto tales*, o sea, en cuanto ingredientes de la circunstancia histórica o del pasado de la circunstancia actual —ocuparse con la circunstancia, he aquí el único imperativo, la única enseñanza, la única receta, que podría tener sentido en filosofía. Y venimos a parar en esto: americana será la filosofía que americanos, es decir, hombres en medio de la circunstancia americana, arraigados en ella, sobre su circunstancia, hagan sobre América. Pero ¿es que todo hombre no se ocupa con su circunstancia? ¿es que la vida consiste en otra cosa que en ocuparse con lo circunstante? Entonces ¿en qué se diferencia de la ocupación de sus más humildes congéneres con la circunstancia la ocupación del “*superbus philosophus*”? Por segunda vez: ¿la mirada teórica y la originalidad de su enfrentamiento con la circunstancia? Ante todo, en una cierta autenticidad, que se relaciona con lo acabado de decir. Americana será la filosofía que americanos hagan sobre su circunstancia, sobre América —todo está en cómo se entienda “América”, en cómo entienda el americano su circunstancia. Para decirlo en un mínimo de palabras: “América” pueden ser los tópicos *ya* existentes sobre América; filósofos serán sólo aquellos americanos que, o no fijen su atención en estos tópicos, sino en lugares no convertidos en *comunes* todavía, en lugares tan nuevos para él como todos los de América para los descubridores —si es que para éstos fueron nuevos y no recubiertos desde el primer encuentro por los tópicos con que habían cargado en las carabelas, cosa más que probable—, o que si fijan su atención en tales tópicos, los consideren y traten como tales, como tópicos, porque los tópicos dejan de serlo pa-

ra aquel que los considera y trata como tales. Y permítaseme añadir algo que parecerá muy paradójico: acaso haya muchos más tópicos que sobre Europa sobre América, si a pesar de la longevidad de Europa y la juvenilidad de América, sobre América no hubiese más que tópicos, por falta de la filosofía que echa de menos el afán de crearla. Pero la mirada teórica y la originalidad de su enfrentamiento con la circunstancia consisten sobre todo en otra cosa. A primera vista parece que la originalidad del enfrentamiento de la mirada teórica con la circunstancia consistía en enfrentarse con ésta en su totalidad. Mas para dudar de esta apariencia basta mover un poco la vista en torno. Pues en seguida se advierte la existencia de la filosofía de la naturaleza. Pues la historia, del derecho, de la religión, del arte . . . del dinero, de la coquetería . . . Esta “ciencia” de todas las cosas acaba pareciendo tal más que porque las abraza todas colectivamente, porque se entretiene con cada una singularmente. No parece, decididamente, que la mirada teórica necesite pasear la rotonda de la circunstancia. Más bien parece que debe fijarse en *una* circunstancia en particular, sea algo minúsculo y próximo, tan próximo que puede ser íntimo, sea la rotonda misma, que en cuanto no minúscula, próxima ni íntima o distinta de lo minúsculo, próximo e íntimo, es otra cosa o también una cosa particular. Sentimos que tocamos el punto revelador. Aquí tiene que estar lo buscado. Aquí está. La originalidad del enfrentamiento de la mirada teórica con la circunstancia tiene que consistir en un modo de hacer frente —a cualquier cosa . . . Y sí, en esto consiste. En hacer frente a cualquier cosa con —radicalidad. En penetrarla con la mirada hasta las “raíces”, término que se empleó antes de que viniera a emplearse para lo mismo el término “principios”. Y es posible que por aquí se vuelva a la apariencia primera, si las cosas todas fuesen arborescencias de las mismas “raíces”, o se unificasen en unos “principios” únicos, lo que no es seguro. Que, si no, se terminaría el sistematismo de la filosofía, no es objeción decisiva: tampoco es seguro que el sistematismo sea esencial a la filosofía; hay quienes piensan que le es dañoso. En todo caso, penetrar con la mirada cualquier cosa hasta sus “principios” —en esto consiste filosofar. Penetre un americano con la mirada cualquier cosa de esta circunstancia también “enorme y delicada”, el Anáhuac o el guajolote, el tezontle o la Coatlicue, el “personalismo” o la “mordida”, la lírica o el cantinflismo, hasta sus “principios”, y ahí estará la filosofía americana. Pero ¿y los principios? ¿qué son? ¿có-

mo se penetra con la mirada hasta ellos? Ah, los “principios” son por lo pronto el fin de este artículo. Con lo que no prometo otro *sobre ellos*. Porque suponiendo que los lectores quisieran que les enseñara, ya que es mi oficio, lo que son, no sería menester, ni siquiera lo más pedagógico, acaso, que se lo enseñara en un artículo *sobre ellos*. Si cualquier cosa puede ser mirada hasta sus “principios”, un artículo *sobre cualquier cosa* podrá enseñar lo que sea mirar una cosa cualquier hasta sus “principios” y lo que sean éstos mismos. Ahora que habrá que leer el artículo con atención. Como había que leer los artículos de periódico de Ortega, que para algunos no eran más que artículos de periódico. Sólo que escribir tal artículo requiere ser un filósofo y yo, a lo peor para mí, no lo soy. O es seguro. A mis colegas les parece —y lo digo sin inquina, con . . . jovialidad— no ya lo que enseñó, sino lo que “hago”, filolofía, literatura, Historia de la filosofía, psicología del filósofo, todo, pero filosofía no.*

Febrero de 1942

* Cima, No. 6, marzo, 1942.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10,000 ejemplares.

TOMO III:

21. José Vasconcelos, EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO. 22. Juan Marinello, LAS RAICES ANTIMPERIALISTAS DE JOSE MARTI. 23. Francisco de Miranda, PROCLAMACION A LOS PUEBLOS DEL CONTINENTE COLOMBIANO. 24. Abelardo Villegas, CULTURA Y POLITICA EN LATINOAMERICA. 25. Pedro Enríquez Ureña, LA UTOPIA DE AMERICA. LA AMERICA ESPAÑOLA Y SU ORIGINALIDAD. 26. Rómulo Gallegos, LA LIBERTAD Y LA CULTURA. 27. Domingo Faustino Sarmiento, CONFLICTO Y ARMONIA DE LAS RAZAS EN AMERICA (Conclusiones). 28. Manuel Maldonado-Denis, MARTI Y FANON. 29. Manuel González Prada, NUESTROS INDIOS. 30. Simón Bolívar, DISCURSO DE ANGOSTURA.

TOMO IV:

31. John L. Phelan, EL ORIGEN DE LA IDEA DE AMERICA.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea.

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo